
El leproso mudo

Acerca del buenismo político.

FÉLIX OVEJERO LUCAS

“La inocencia es como un leproso mudo que ha perdido su campana y que se pasea por el mundo sin mala intención.”
Graham Greene

Durante el gobierno Zapatero se popularizó mucho entre creadores de opinión el palabra “buenismo” para designar una convicción bastante extendida según la cual la moral es el sustrato básico de la política. Aquí quiero sistematizar y criticar diez tesis en las que el buenismo cristalizó.

DIEZ VERDADES BUENISTAS

1. *El fin no justifica los medios.* Según esta idea, bajo ninguna circunstancia la consecución de un objetivo disculpa maltratar un principio. Es de mucha circulación entre políticos que no han rozado el poder y periodistas obligados a rematar un editorial urgente con aderezo filosófico.

Lo hacen con la mejor intención. La misma que les llevaría a mentir si un tipo, fuera de sí, con la camisa ensangrentada y un hacha en la mano, les pregunta por el paradero de su mujer. En tal caso, con muy buen juicio, sacrificarían el valor de la verdad al de la vida. Mentiras piadosas que, en ocasiones menos dramáticas, nos llevan a saludar con un “buenos días” a un vecino a quien sinceramente despreciamos o a preguntarles por su salud a personas cuya suerte

nos trae sin cuidado. Gracias a esas modestas violaciones del famoso lema la vida resulta razonablemente llevadera y los humanos engrasamos nuestros tratos.

La política es una continua transgresión del famoso lema, una elección sin tregua de objetivos acompañada de inevitables pecados veniales respecto a los medios. Por más sagrada que consideremos la vida no hay manera de disponer de una UVI para cada ciudadano. La dificultad es de principio. Primero, porque la distinción entre medios y fines en la práctica es más complicada de lo que parece: casi todos los fines, en realidad, constituyen medios para otros fines. Y segundo, porque, por definición, la política, como la vida, requiere ordenar prioridades, elegir entre fines, lo que, unido a lo anterior, a que los fines ofician como medios, hace que siempre sacrifiquemos medios.

2. La política consiste en aplicar principios morales a la vida colectiva. Los valores oficiarían como una especie de código axiomático a partir de cual los políticos “deducirían” recetas para aplicar a cada situación, al modo como de los axiomas de Euclides se obtiene el teorema de Pitágoras.

La realidad resulta más complicada. Es verdad que, por ejemplo, conviene seguir el principio “las promesas electorales deben cumplirse”. En principio, hay que cumplir el principio. El problema, claro, es ese primer “en principio”, que desactiva la consideración. ¿Qué sucede si se descubre que la promesa consistía en sacrificar a una minoría? Por supuesto, la primera tentación es reformular el principio: “Las promesas electorales justas deben cumplirse”. Pero también la nueva fórmula está sometida a la inquietante cláusula “en principio”. Si, por ejemplo, descubrimos que la promesa se ha obtenido bajo amenaza, nuestro compromiso con ella disminuirá, sea justa o injusta. Aunque pudiéramos intentar una nueva presentación del principio (por ejemplo, “deben cumplirse las promesas justas que no han sido obtenidas bajo amenazas”), no resultaría difícil imaginar otra circunstancia que nos enfrentara de nuevo al

FÉLIX OVEJERO LUCAS

mismo problema. La conclusión: no hay principio moral aplicable incondicionalmente en cualquier contexto.

3. *Para que cambien las cosas han de cambiar las personas.* Por detrás de esta consideración hay un diagnóstico: el origen de nuestros problemas radica en nosotros mismos, en nuestro egoísmo o en nuestra codicia; si pensáramos en los demás o nos olvidáramos del dinero, las cosas mejorarían.

Y sí, muchas veces, los problemas colectivos obedecen a que cada cual va a lo suyo. Sucede, por ejemplo, cuando se produce un incendio en una sala abarrotada de público. En este caso la más que segura desgracia no es ajena a que las personas solo atienden al principio de “sálvese quien pueda”. Pero el mismo problema puede aparecer con la mejor disposición. O al menos, en parte. Porque no irían las cosas mejor si la sala estuviera abarrotada de ejemplares monjes budistas, que, con el mejor ánimo, optasen por ceder el paso a los demás, atendiendo al principio de “usted primero”.

4. *La enseñanza de valores morales es condición del cambio político.* Para conseguir una sociedad basada en el valor X sería imprescindible que los ciudadanos aprendieran el valor X mediante una asignatura de moralidad o de religión. Una vez aprendido el valor X, el individuo regiría sus acciones por X. El aprendizaje de la igualdad sería condición de posibilidad de la sociedad igualitaria. Ejemplos extremos de esta tesis los encontramos en la revolución cultural china o en “el hombre nuevo” guevariano, comprometido con la igualdad o la fraternidad. En la coordinación de los procesos económicos, el sistema de precios del mercado encontraría un óptimo sustituto entre comunistas que, en sus tratos mutuos, piensan en los demás. El sistema económico no sería muy diferente a una familia, con los padres atentos a las necesidades de sus hijos.

También ahora hay razones para la cautela. Si queremos distribuir un pastel en trozos iguales, y si descartamos dejar el reparto en manos de una autoridad central de la que no habría por qué fiarse, qui-

zá intentemos cambiar las mentalidades, educar. Parece, sin duda, una solución mejor, con cierto aire, eso sí, de tautología. El problema se “resuelve” por vía estipulativa, por definición: si todos creen que deben quedarse con un trozo igual y actúan en consecuencia, es muy probable que se queden con un trozo igual. La dificultad radica en su discutible realismo. Primero, en un sentido elemental: aunque no faltan muestras de que con frecuencia el comportamiento humano se aleja del egoísmo, resulta bastante más complicado el altruismo a tiempo completo en una sociedad medianamente compleja –no en una familia, en un convento o en un club social– en la que conviven millones de personas con tratos ocasionales entre ellas. Las experiencias del socialismo real en las que no faltaron las campañas de educación y hasta de reeducación, no invitan a la euforia.

Hay más problemas. Y es que los valores no se estudian, sino que se practican cuando se hacen otras cosas. Con los valores pasa como con la felicidad o el sueño, que no se conquistan directamente. Los valores no se aprenden como se aprende un número de teléfono, sino como se aprende a reconocer los pollos y a caparlos, con la práctica, sin pautas ni manuales. No se adquiere valentía estudiando la vida de los exploradores ni generosidad leyendo el catecismo.

5. La discusión política es una discusión moral. Para quienes comparten esta convicción, el parlamento officiaría como un lugar de encuentro entre perspectivas normativas o concepciones del mundo. La izquierda, comprometida con la igualdad, polemizaría con la derecha, entregada a la causa de la libertad. Unos y otros tratarían de persuadirse mutuamente hasta que, mediante procesos deliberativos, se impusieran los principios morales mejor justificados. La política no sería más que una versión ampliada de las discusiones académicas entre filósofos.

La realidad también ahora resulta más enojosa. La política no tiene otros mimbres que los intereses. Los argumentos y las razones se levantan sobre ese paisaje de fondo. La política no es la Academia de Platón, sino lucha por el poder y capacidad de im-

FÉLIX OVEJERO LUCAS

poner intereses. Incluso cuando busca concretar en propuestas un ideal como la igualdad la gestión política se detiene ante las fuerzas que no puede vencer o las mezquinas motivaciones egoístas de los ciudadanos. Por eso no se discute en un parlamento autonómico la distribución del poder en el mundo ni en un ayuntamiento se aspira a que los más ricos, convencidos por buenas razones, repartan su riqueza o dispongan sus talentos al servicio de los más necesitados. Los intereses pueden ser justos, pero sin poder para materializar la justicia, sin política, es charla de casino.

6. Todo lo que no es perfecto es basura. Entre nosotros esa tesis ha adquirido una precisa fórmula: España no es una democracia y, en lo esencial, poco ha cambiado respecto al franquismo. Asoma por aquí una conocida falacia (“slippery slope”) que consiste, en una de sus versiones, en que, pasito a pasito, mediante pequeños desplazamientos, por lo general amparados en metáforas, acaba por presentarse la versión extrema, en realidad falsa, de aquello que se quiere descalificar. Si algo no es perfecto, es una mierda.

En nuestro caso, por ejemplo, la calidad democrática de la Constitución quedaría contaminada por la presencia y parcial tutela –innegables– de las fuerzas franquistas durante su gestación. En ausencia de estas, se dice, la Constitución hubiera sido otra, verdaderamente democrática. Un guión que, aplicado sistemáticamente, nos incapacita para justificar nada. No serían legítimas la revolucionaria Constitución francesa jacobina de 1793 o la republicana española de 1931, porque no fueron votadas por las mujeres. Como los contrafácticos no tienen freno, a partir de ahí, toda legitimidad puede reducirse a escombros. Si de aquí a veinte años se adelanta el voto a los quince años, deberíamos considerar ilegítimas las decisiones actuales.

7. Nosotros, a diferencia de nuestros rivales, actuamos por principios. Esta tesis, que asume la superioridad moral del propio punto de vista, nos viene a decir que mientras nosotros buscamos la verdad, el bien y la belleza, nuestros rivales serían memos, mezquinos y

zafios. Los adversarios participan de la triple I: Ignorante, Idiota e Inmoral. La izquierda no puede contemplar que a un político de derechas le guste la poesía o le conmueva la pobreza y la derecha entiende que la izquierda está movida por la envidia social y solo aspira a vivir del cuento. Resulta inconcebible que el rival defienda sus ideas porque está convencido de su calidad y crea honestamente que pueden solucionar los problemas colectivos. Lo único que hace, se dice, es defender los intereses, de los ricos o de los burócratas sindicales.

El mal aqueja a todos. Abundan los conservadores que atribuyen cualquier defensa de la intervención pública o de la redistribución a vagancias, parasitismos presupuestarios o sobornos administrativos y también los progresistas que no ven en la derecha más que interés desnudo. Para unos las políticas públicas no son otra cosa que formas encubiertas de ineficientes clientelismos y para los otros las privatizaciones no buscan más que “beneficiar a los amiguetes”. Al final lo único que quedaría es un miserable con una caja registradora. En el mismo paquete habría que incluir las respectivas descalificaciones del Estado o del mercado –o del capitalismo o, ya en la pendiente, del “sistema”– cuando unos apelan a la ambición, el egoísmo, la avaricia o la mezquindad de los políticos (“los políticos ladrones” de la derecha) y los otros a lo mismo pero en el caso de empresarios y banqueros.

Esa empalagosa superioridad moral confunde la calidad moral de las ideas (igualdad, libertad) con la calidad moral en la defensa de las ideas, que atañe a otros principios (honestidad intelectual, afán de verdad, respeto en la discusión). La falacia *ad hominem* es su única estrategia heurística. Todo se resuelve en acusaciones personales, en descalificaciones de opiniones por descalificaciones de quienes las presentan. Por supuesto, yo estoy convencido de que las mías son mejores que las tuyas, de otro modo, si pensara que las tuyas son mejores, tendría las mismas que tú. Pero, por lo mismo, el que tiene ideas diferentes también está convencido de la superioridad de las suyas. Quien descalifica al que difiere por el hecho mismo de diferir

FÉLIX OVEJERO LUCAS

cancela el debate. Si mutuamente atribuimos las ideas del otro a torpezas o turbios motivos (deshonestidad, interés, estupidez), no cabe la discusión. Por no haber, no cabe ni siquiera la inteligibilidad, que reclama aceptar que el otro trata sinceramente con sus convicciones, que hay un afán de verdad en lo que dice.

8. *Las buenas intenciones justifican las acciones.* En cierto modo esta tesis se deriva de la anterior: importa no la calidad de lo que se dice, sino las intenciones con las que se dice. En su versión más campanuda, nos diría que una persona no es igualmente responsable por todas las malas consecuencias que se siguen de su acción, sino que existe una diferencia fundamental entre aquello que intenta y aquello que solo prevé o debe prever. La tesis hasta tiene nombre entre filósofos: el principio del doble efecto. En el terreno de la filosofía se le pueden dar muchas vueltas, como a casi todo, pero en el de la política su puerilidad es inmediata. Se muestra si la vemos desde su formulación en primera persona, cuando alguien, después de desencadenar una catástrofe, se excusa con un “lo hice con la mejor intención”. Un ejemplo bien conocido es la peculiar doctrina norteamericana de *los efectos colaterales* para justificar los muertos civiles consecuencia de sus acciones militares. Un infantil “ha sido sin querer” no muy diferente de la insustancial apreciación de los comentaristas deportivos que, ante el pase fallido de un futbolista, insisten en que “la intención era buena”. En los días de Zapatero el conjuro se utilizó mucho a cuenta de los tratos con ETA. El rosario de argumentos eran variantes respecto a la tesis de las buenas intenciones. Así, se apelaba a la verdad a medias de que “todos los gobiernos lo habían intentado”, como si ello no fuera precisamente una razón para no repetir lo que fracasó.

En realidad, la intención, por lo que se decía antes, siempre es buena, o asumimos que es buena, para que nos resulte inteligible. Pero, por supuesto, con eso no basta. Por eso podemos –o deberíamos poder– llevar a juicio a un médico irresponsable que aplica insensatos tratamientos o a un banquero que realiza inversiones arriesgadas.

Además de la intención, se requiere bastantes cosas más, entre ellas un compromiso efectivo con la realidad, con la exploración detenida de como son las cosas, un examen de la probabilidad de que salgan bien o una valoración de lo que sucede si el resultado es diferente del previsto, incluso si esa posibilidad es remota, no sea que las consecuencias puedan ser irreparablemente catastróficas.

9. La empatía y las emociones resultan fundamentales en el buen hacer político. En los últimos años, a cuenta de algunos resultados de la neurología, interpretados con ligereza, hemos visto rebrotar un clásico concepto de la filosofía social, el de empatía, hasta adquirir una notable importancia en filosofía moral y también defender la importancia de las emociones en las decisiones prácticas, políticas y personales. Y es cierto que algunos resultados confirman la relevancia de empatía y emociones para el ejercicio de bastantes talentos, entre ellos los artísticos. La empatía también parece importante para el juicio, la competencia moral y el razonamiento práctico. Es conocido el caso de esos sujetos –como el famoso Phineas Gage– incapaces de tomar decisiones como consecuencia de lesiones cerebrales que afectan a sus competencias emocionales. Su incapacidad para experimentar emociones y su trato protocolario –puramente convencional– con las normas morales, su idiotez moral, los convierte en idiotas sin más.

Todo eso es verdad, pero verdad incompleta. Por supuesto, las emociones son importantes en las decisiones y hasta en el activismo político, en la capacidad para movilizar o comprometer a los ciudadanos. Ahora bien, el que las emociones y los instintos morales nos ayuden a decidir no los convierte en principios de racionalidad práctica. No son la última palabra. En ningún caso suplen a la argumentación, científica o moral. Las decisiones instintivas muchas veces aciertan, pero, para saberlo, hemos de poder aquilatarlas con los mejores procedimientos, con la razón y la experiencia. También el crimen “pasional” y la venganza son acciones guiadas por la emociones.

Las emociones no hacen buenas las políticas. No resuelven los dilemas morales, no nos dicen qué está bien o mal ni escapan a

FÉLIX OVEJERO LUCAS

nuestra valoración. Aunque nos ayuden a decidir y valorar, no son las que valoran sino las valoradas. Algunas emociones que hoy nos disgustan se asentaron en nuestro cableado mental por su provecho en otro tiempo, porque cumplieron funciones adaptativas en los entornos en los que se ha desarrollado la mayor parte de la vida de la especie. Eran importantes para cazar (por eso somos agresivos), transmitir nuestra herencia genética (por eso somos celosos) o prevenirnos frente a otros grupos cuando hay pocos recursos (por eso somos racistas). Ahora bien, su persistencia, indiscutible, no impide que condenemos y castigemos los comportamientos violentos, sexistas o racistas desencadenados por ellas.

Por lo demás, en no pocas ocasiones, la empatía y hasta el altruismo son enemigos de las buenas decisiones. No parece elogiable el juez que, llevado por su empatía con la víctima, pierde su sentido de la justicia o el político que, por la afinidad afectiva que experimenta hacia sus vecinos o sus familiares, les otorga ayudas públicas o cargos administrativos, tengan o no talento.

10. La política no tiene que ver con el poder, sino con la calidad moral. El optimismo moralista se puede observar en esa política de aspavientos que conduce a sustituir la actividad legislativa por altisonantes declaraciones acerca de asuntos sobre los que se carece tanto de competencia como de influencia real. La frecuencia de ese proceder es inversamente proporcional al poder efectivo. Así, la sobreactuación es muy común entre poderes locales. La afectación moralista y las bravuconadas ante el espejo salen gratis cuando nadie responde ni pide cuentas. Podemos ver a ayuntamientos proclamarse libres y soberanos, favorables a la paz mundial o antinucleares, declarar que cierto ciudadano, cuyas ideas no les parecen bien, es persona *non grata* o “decidir” hacer de su capa un sayo con los impuestos de la hacienda común. Por supuesto, eso nada significa, no ya porque no les corresponda, sino porque da lo mismo, porque carecen de poder real para asegurar la paz mundial, impedir que la radiación les afecte, levantar fronteras o disponer de la hacienda.

Por contra, Obama mide sus palabras porque manda de verdad. Lo suyo va en serio y sus palabras le comprometen. Si lo dice, puesto que puede hacerlo, deberá hacerlo. No es lo mismo que Obama declare que hay que eliminar las armas nucleares, acabar con el capitalismo, instaurar la renta básica, llevar al tribunal de La Haya –al que no reconoce, por cierto– al Papa o amenazar a Merkel a que esas cosas las haga un presidente de comunidad autónoma.

LA ENSEÑANZA

Rechazar la incondicionalidad de las tesis anteriores no equivale a afirmar la incondicionalidad de las tesis opuestas ni, mucho menos, convertir estas últimas en guías de comportamiento. Que la política no se agote en la ética no quiere decir que excluya o deba excluir la ética.

No hay que elegir entre ética y política. Es algo más sencillo y antiguo, olvidado por unas reflexiones filosóficas propensas a la idealización: la política, como la vida, está llena de dilemas tan ingratos como inevitables. Al final solo nos queda la *Phronesis*, la sabiduría práctica o la prudencia aristotélica. No hay manuales ni plantillas morales a aplicar. A lo más que podemos aspirar es a afinar nuestra capacidad para calibrar las diversas opciones y principios en juego en cada elección, siempre atentos a cual puede ser el resultado final de nuestras acciones, incluido el efecto sobre nosotros mismos. Eso que no hay modo de enseñar.

[Una versión más extensa aparecerá en Fernando Longás, Javier Peña (eds.), *La ética en la política*, Oviedo, KRK, 2014.]



FÉLIX OVEJERO LUCAS ES PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA. SU PRÓXIMO LIBRO: *EL COMPROMISO DEL CREADOR. ÉTICA DE LA ESTÉTICA*.

BIBLIOGRAFÍA DE TEXTOS CITADOS:

ARISTÓTELES: '*Ética Nicomáquea*' (I, 1094b 20-27), Ética.

— '*Nicomáquea*'. *Ética Eudemia*, Madrid, Gredos, 1985.

COHEN, G.: *Rescuing Justice and Equality*, Cambridge (Mass.), Harvard U.P., 2008

DANCY, J.: *Ethics Without Principles* (Oxford), Oxford U.P., 2004.

DAVIDSON, DONALD: '*On the Very Idea of a Conceptual Scheme*' (1974), *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford, Clarendon Press, 1983.

ELSTER, J., *Securities Against Misrule: Juries, Assemblies, Elections*, Cambridge, Cambridge U.P., 2013.

HARRINGTON, J., *The Commonwealth of Oceana*, Cambridge, Cambridge U.P., 1992 (e.o. 1656).

KAHNEMAN, D.: *Pensar rápido, pensar despacio*, Barcelona, Debate, 2012.

OVEJERO, F.: *¿Idiotas o ciudadanos?*. Barcelona, Montesinos, 2013.

SCANLON, T.: *Moral Dimensions: Permissibility, Meaning, Blame*, Cambridge, Basic Books, 2008.